

X

Las trece colonias, unidas para resistir á la metrópoli, ya habían visto correr la sangre en Lexington y en Bunker-Hill; sus delegados se habían decidido á alistar un ejército y á nombrar general en jefe al coronel Jorge Washington, y sin embargo, las protestas de acatamiento al soberano y de apego á la madre patria se sucedían sin intermisión. Nadie osaba hablar de independencia. El congreso provincial de Massachusetts, en su exposición al pueblo británico después del combate de Lexington, decía. “ En alta voz declaramos que somos

súbditos leales y obedientes. A pesar de la dureza con que se nos ha tratado, aun estamos dispuestos á sacrificar nuestras vidas y fortunas en defensa del rey, de su familia, de su dignidad y su corona ;” y mientras Washington frente á Boston tomaba el mando del ejército, el congreso de Filadelfia acudía á la humanidad del rey invocando la lealtad de las colonias, apelaba á la justicia del pueblo inglés condenando toda idea de separación, y ordenaba un día de ayuno y rogativas “ para que el Todopoderoso iluminara á Jorge III y lo colmara de bendiciones.” Las exigencias de la defensa podían producir una oposición armada ; pero separarse de la Gran Bretaña, romper un pedazo del magnífico jarrón de porcelana, como llamaba Franklin al imperio, era una impiedad contraria al espíritu bíblico de los angloamericanos.

Esa impiedad la cometió el inglés Thomas Payne,¹ lanzando la gran blasfemia en el *Common Sense*, libro de universal resonancia que fué el alma de un pueblo y, en cuatro meses, cambió las ideas y dictó el acta de independencia. “ Vosotros sois una

¹ Thomas Payne, publicista inglés nacido en Thetford, condado de Norfolk, en 1737. Hijo de cuáqueros establecido en Filadelfia á instancias de Franklin. Educán del general Greene, secretario del comité de negocios extranjeros en 1779, y enviado á Francia dos años después para negociar un empréstito. Los servicios de Payne, que según Washington nunca podrían ser suficientemente recompensados, el congreso, el estado de Pensilvania y la ciudad de New York los premiaron con diversos dones. Concluída la paz se retiró á la vida privada, de donde lo sacó la revolución francesa para enviarlo á la Convención, como diputado de Pasede-Calais. Rehusó votar por la muerte de Luis XVI: I. porque los crímenes imputados á Luis XVI eran crímenes del rey y no del hombre, II. porque Robespierre había reclamado la abolición de la pena de muerte, y III. porque Luis XVI había libertado á los Estados Unidos. Preso en el Luxembourg hasta el 9 termidor, escribió en prisión *Les Droits de l'homme* y *L'Age de raison*. Murió en New York en 1809. Sus restos fueron transportados á Inglaterra y un monumento honra su memoria en los Estados Unidos.

mezcla de todos los pueblos; en esta provincia misma (Pensilvania) ni un tercio de la población es de sangre inglesa," decía Payne, agregando como un vaticinio: "América *rebelde* no puede encontrar apoyo en el exterior: nadie se compromete inútilmente; pero América *independiente*, ofreciendo al comercio extranjero un mercado libre y una alianza contra el monopolio y la ambición de Inglaterra, debe hallar amigos en Europa, y sobre todo en Francia." El aislamiento comercial de cerca de tres millones de hombres daba á las palabras de Payne una significación profética. Ofrecer al mundo las ventajas que Inglaterra, "más dispuesta á affigirse de la prosperidad ajena que á congratularse de su propio bien,"¹ guardaba exclusiva y celosamente para sí

¹ Montesquieu, *De L'Esprit des Lois*.

era, en efecto, ganar partidarios á la causa de la independenciam. Para convencerse basta recordar la situación de las colonias.

En las cartas y concesiones reales otorgadas á las dos compañías que comenzaron la colonización en Virginia y la Nueva Inglaterra, no se había dado importancia al gobierno de unos colonos destinados á explotar tierras desconocidas y remotas por cuenta de sociedades particulares. De esta negligencia, hábilmente interpretada, nació la libertad de las colonias; pero sólo la libertad política, pues el comercio, la navegación y la industria fueron siempre monopolios reservados á la metrópoli. Los rigores del acta de navegación, agravados por los estatutos que la avaricia de los comerciantes ingleses inspiraba al Parlamento, crearon la tiranía más inícuam que ha conocido el Nuevo Mundo. Pitt, que defendía

sin embargo las libertades angloamericanas, no tenía escrúpulo en decir: "Pero si la América osare fabricar una media ó un clavo de herradura yo querré hacerle sentir todo el peso del poder inglés." Y, en efecto, los colonos no podían fabricar, ni aún para su consumo, ninguno de los artículos que fabricaba la metrópoli. En 1719 la cámara de los comunes declaraba "que establecer manufacturas en las colonias, era disminuir su dependencia." En consecuencia, las telas, los sombreros, los muebles, hasta los más insignificantes objetos fuerza era recibirlos de Inglaterra. El tabaco, el azúcar, el algodón y el índigo, que no hacían competencia á los productos metropolitanos, sólo podían enviarse á puertos británicos, en buques construídos y armados en Inglaterra, mandados y tripulados por ingleses. Y ni aun así podía partir el buque, sin an-

tes garantizar con una fianza que el cargamento sería vendido en la madre patria. Ningún extranjero podía comerciar en los dominios británicos, las colonias tenían prohibido todo tráfico entre ellas, y, para colmo de males, las prodigalidades del rey uniéndose á los extravíos del Parlamento, en 1673 dos favoritos obtuvieron por treinta y un años *todo el dominio de la tierra y de las aguas llamadas Virginia*, sin siquiera exceptuar los campos legítimamente poseídos y cultivados por los colonos. En tal extremidad, la Virginia se subleva á la voz de Nathaniel Bacon; pero domada á poco la sedición, la imprenta fué suprimida y los virginianos, tratados como reos de alta traición por murmurar del gobernador ó comentar las causas de la revuelta, pudieron persuadirse bajo el látigo y en la horca de

la incompatibilidad que existe entre la libertad y el régimen colonial.¹

La independencia, como lo preveía Payne, sustituyendo ese formidable monopolio con un comercio libre é igualmente provechoso á todas las naciones, debía hallar apoyo en el extranjero, apoyo tan indispensable, que aun no pensaban los colonos en declararse independientes cuando ya Inglaterra se apercibía á combatirlos, reforzando la marina y el ejército con veinte y ocho mil marineros y cincuenta y cinco mil soldados;² declarando buena presa las mercancías de las colonias sorprendidas en alta

¹ V. George Bancroft, *History of the United States*; Beverly, *Histoire de la Virginie* y E. Laboulaye, *Histoire des Etats Unis*.

² Diez y siete mil de esos soldados eran alemanes comprados al landgrave de Hesse-Cassel y al duque de Brunswick, á razón de treinta coronas por hombre. Federico el Grande, que nunca permitió esa clase de alistamientos, les hacía pagar el *vieh-zoll*, impuesto sobre el ganado, cuando atravesaban sus estados.

mar; condenando á servir en los navios ingleses y á combatir contra sus compatriotas á cuantos fueren capturados en buques norteamericanos; excitando, en fin, el odio de las tribus bárbaras y desencadenando sus furores contra los rebeldes y las poblaciones sin defensa. “¿Cómo se osa, exclamaba lord Chatham en el Parlamento, justificar con la ley de Dios y del Evangelio, el acto infame de provocar la barbarie de esos caníbales que desgarran, torturan, devoran á sus víctimas, les beben la sangre y hacen un trofeo de sus cabelleras?”

A esos preparativos, á ese rigor odioso que anunciaba una voluntad enérgica y sin escrúpulos, ¿qué sería resistencia iba á oponer un pueblo de agricultores? Contra el poder de una marina sin rival en el mundo, que asistía á las fuerzas de tierra en sus evoluciones, apresaba las pobres barcas de

los independientes que salían en busca de provisiones de guerra, y en completa seguridad transportaba á América los inagotables recursos de la metrópoli, ¿qué podían intentar los colonos para defender un litoral inmenso lleno de bahías, estrechos y fondeaderos, cortado por ríos caudalosos y profundos? Sin marina y sin tiempo ni medios para crearla, los angloamericanos debían contar únicamente con el ejército. Ese ejército, que concentraba todos los esfuerzos y recursos de las colonias, ¿podía triunfar de la Gran Bretaña?

A los dos meses de proclamada la independencia, Washington, retirado á New York después de la derrota de Long-Island, escribía: "Nuestra situación es de las más tristes. El descalabro sufrido ha desmoralizado una gran parte de nuestras tropas. En vez de esforzarse á resistir, la mili-

cia se muestra abatida, intratable, impaciente por regresar á sus hogares. Un gran número de hombres se ha dispersado ya y regimientos y compañías enteras se van á un tiempo . . . La insubordinación se vuelve contagiosa é influye en los que quedan haciéndoles completamente olvidar la disciplina y la obediencia. Con profunda pena me veo, pues, obligado á confesar la poca confianza que me inspira la generalidad de mis tropas . . . Hasta hace pocos días yo no dudaba de que podría defender á New York, y aun hoy tendría esa esperanza si los soldados quisieran cumplir con su deber, mas de eso desespero."¹

Obligado á evacuar New York y á refugiarse en las alturas de Haarlem, Washington volvía á escribir: "Yo hice cuanto pude

¹ Carta al presidente del Congreso del 2 de setiembre de 1776.

por rehacer las tropas y conducir las al fuego, mas en vano. Al acercarse un pelotón enemigo de sesenta ó setenta hombres, creció el desorden y los nuestros desaparecieron en gran confusión, sin disparar un solo tiro . . . Ahora acampamos en las alturas de Haarlem donde el enemigo, en caso de atacarnos, hallará una derrota si nuestros soldados se deciden á mostrar un poco de bravura ; pero la experiencia, bien á mi pesar, me ha convencido de que ese resultado debe desearse más bien que esperarse. Sea como fuere, no desespero de encontrar en nuestras filas gentes que se batan como hombres y prueben que son dignos de la libertad.”¹ Washington, agrega el general Green, “estaba tan indignado de la infame conducta de sus tropas que no pensaba más que en morir.”

¹ Carta al presidente del Congreso del 16 de setiembre de 1776.

Continuando la retirada Washington pasa el Delaware con los tristes restos del ejército, y expone así sus dolorosas impresiones : “Sin duda el general Howe intentará este invierno atacar á Filadelfia. Yo no sé que resistencia podremos oponerle dentro de quince días, época de la liberación de nuestras tropas.....En una palabra, si no se hace un supremo esfuerzo para reclutar un nuevo ejército, temo que perdamos la partida ; triste fin á que no habrán contribuído poco las intrigas del enemigo, el espíritu perturbador de ciertas colonias, el ruinoso sistema de enganches por corto tiempo y la ciega confianza puesta en la milicia.”¹ “Cuanto he sufrido como oficial y como hombre me autoriza á decir que nadie ha luchado nunca con tantas difi-

¹ Carta al presidente del Congreso del 18 de diciembre de 1776.

cultades como yo. Es inútil agregar que los enganches de corta duración y una confianza mal depositada en la milicia, han sido las causas de todas nuestras desgracias y del considerable aumento de nuestra deuda. Por poco tiempo aun podremos contener al enemigo; pero pronto también la milicia de estos estados, á que ya se ha recurrido con frecuencia, se negará á marchar ó lo hará con tanta lentitud y repugnancia que equivaldrá á lo mismo...¿ Puede haber algo más funesto para el reclutamiento (y la necesidad, sin embargo, puede justificar esta medida), que dar una prima de diez pesos por un servicio de seis semanas á tropas que vienen y se van sin objeto ni razón, que obran donde y cuando les conviene, que consumen vuestros víveres, absorben vuestras municiones y acaban por abandonaros en el momento crítico? ¡ He aquí, sin em-

bargo, los hombres de que tendré que valerme dentro de diez dias, he aquí la base en que se apoya y en que tendrá que continuar apoyándose vuestra causa, hasta que haya un gran ejército permanente capaz por sí solo de hacer frente al enemigo!"¹

Para reunir ese ejército, Washington juzgaba inútil apelar al patriotismo: " Creer, decía, que pasado el primer momento de entusiasmo tantos hombres oirán otra voz que no sea la del interés, es esperar lo que jamás se ha visto, lo que nunca se verá. El congreso se engaña si lo cree. El número de los que obran con desinterés es tan corto que podría comparársele á una gota de agua én el océano..... Además, mientras los oficiales puedan creer que prestan un servicio y no que lo reciben, habrá una com-

¹ Carta al presidente del Congreso del 20 de diciembre de 1776.

pleta relajación en la disciplina.¹.....Sobre el patriotismo podrán exponerse las más hermosas teorías ; pero quienquiera pretenda conducir una guerra larga y sangrienta apoyándose únicamente en ese móvil, tendrá un día que reconocer su error.....Yo estoy profundamente convencido de que la salvación de nuestra causa depende del establecimiento de un retiro vitalicio de media paga para los oficiales, al terminar la guerra.”² Persuadido con estas razones, el congreso aumentó las pagas, concedió á los oficiales un retiro por siete años, y ofreció concesiones de terrenos para decidir á sus compatriotas á batirse por la independencia.

Nada, sin embargo, bastó nunca á contener la indisciplina y el espíritu de discordia. “ Todas las órdenes se discutían, todos

¹ *Washington's Writings*, tom. IV.

² *Washington's Writings*, tom. V.

los cuerpos pretendían obrar por su cuenta y según sus intereses particulares. Las tropas de varios estados no obedecían más que á sus propios generales ; los soldados, que á oficiales escogidos por ellos directamente ó nombrados con su aprobación, y al siguiente día de una derrota que podía repararse ó de una victoria que se debía completar, regimientos enteros se desbandaban ó se retiraban sin que fuese posible conseguir que esperasen, algunos días solamente, la llegada de sus reemplazantes.”¹ En 1777, para atacar á los ingleses en Princeton, fué necesario que Washington ofreciera una gratificación de diez pesos por hombre.² En 1779 los oficiales de un regimiento de New Jersey declaraban á la asamblea de ese esta-

¹ Guizot, *Vie, Correspondance et Ecrits de Washington*, tom. I.

² Wash. Irving, *Life of George Washington*, tom. II, cap. XLV.

do que dimitirían en masa si no eran mejor retribuídos y tratados, y á las severas amonestaciones de Washington, contestaban: "Cuando la patria carece de justicia al punto de olvidar á los que la sirven, éstos tienen el deber de retirarse."¹ En 1780 dos regimientos del Connecticut sublevados, amenazaban con la deserción ó el merodeo si no se les pagaba, vestía y alimentaba convenientemente.² En el mismo año el general Arnold desertaba la causa de su país, y después de combatir ferozmente á sus compatriotas se retiraba á Inglaterra con el producto de su traición.³ En 1781 las tropas de Pensilvania acampadas en Morristown se sublevaban, mataban á dos oficiales y

¹ Marshall, *Vie de Washington*, tom. IV.

² G. Bancroft, *Histoire de l'action commune de la France et de l'Amérique pour l'indépendance des Etats-Unis*, tom. II, cap. XIX.

³ Id, id, tom. II, cap. XVIII.

marchaban contra Filadelfia con seis piezas de artillería para obtener del congreso, por la violencia, el pago de sus haberes atrasados y el licenciamiento de los cuerpos ya cumplidos, é igual conducta observaban las tropas de New Jersey.¹ En 1782 Washington tenía que rehusar, *con una grande y dolorosa sorpresa*, el poder supremo y la corona que le ofrecían oficiales descontentos,² y en 1783, ya terminada la guerra, sin la intervención de Washington y las concesiones del congreso, una nueva revuelta por pensiones y pagas atrasadas hubiera definitivamente arraigado la anarquía.³

Pero aun más vituperable que estos actos era la egoísta indiferencia de una población

¹ Wash. Irving, *Life of George Washington*, tom. IV, cap. XVI, y C de Witt, *Histoire de Washington et de la fondation de la République des Etats-Unis*, cap. IX.

² *Washington's Writings*, tom. VIII.

³ Ramsay *Vie de Washington*.